

Mi experiencia en Japón

Mi nombre es Edgar Armando Peña Figueroa. Soy Ingeniero Civil, graduado de la Universidad de El Salvador (UES) en el año 2001. Desde el año 2002 trabajé como Profesor Universitario en la Escuela de Ingeniería Civil de la Facultad de Ingeniería y Arquitectura de la UES. En el 2004 participé como investigador en el proyecto TAISHIN, proyecto cuya finalidad era comprender y mejorar las técnicas de construcción de viviendas ante sismos en nuestro país. Este proyecto me permitió conocer profesores japoneses, los cuales nos compartían sus experiencias y conocimientos en el área de la Ingeniería Sísmica. Ese mismo año tuve la oportunidad de atender un Curso de Maestría en Sismología, Ingeniería Sísmica y Mitigación de Desastres en el Instituto de Investigación de las Construcciones (BRI, por sus siglas en inglés), ubicado en Tsukuba. Regresé el año 2005 al país y continué con las investigaciones en el proyecto TAISHIN.

En el año 2006, uno de mis profesores (Koichi Kusunoki) me hizo la invitación para que continuara con mis estudios de Doctorado. Consultando con el coordinador del proyecto TAISHIN, me informaron sobre la convocatoria que cada año realiza la Embajada de Japón para las becas MONBUKAGAKUSHO. El reto era grande, ya que la beca en el caso de estudios de Doctorado es para 3 años y medio, pero mi familia, colegas y amistades me motivaron para que aplicara y fuera a estudiar a Japón. Mi meta personal era conocer más sobre Ingeniería Sísmica en Japón y replicar luego esos conocimientos en el país para así contribuir a la reducción de posibles desastres por sismos.



El enfoque de este escrito debería de ser comentar sobre lo mucho que aprendí sobre Ingeniería Sísmica en Japón, la vinculación que mantengo con los profesores, los proyectos que se han derivado gracias a esta relación y el potencial que tenemos para desarrollar investigaciones en Ingeniería Sísmica que contribuyan a tener construcciones más seguras en el caso que un sismo ocurra.

Pero hay algo más, algo que trasciende a lo técnico y que todo aquel que haya tenido la oportunidad de estudiar en Japón lo puede confirmar. Lo técnico podría implementarse buscando el apoyo financiero de agencias de cooperación, empresas privadas o préstamos. Pero hay algo que no se puede financiar con dinero, y creo que, si lo pudiéramos implementar, tendría un impacto mucho mayor en el nivel de calidad de vida de las personas en nuestro país: la disciplina japonesa.

Cuando se me otorgó la beca tuve que realizar una serie de preparativos tanto aquí en el país como en Japón. A diferencia de mi primera oportunidad en Japón, esta vez tenía que interactuar de manera más

directa con los japoneses, buscando apartamento, usando el transporte público, cocinando, pagar recibos de agua, luz, gas, entre otras cosas.

Lo primero y que es siempre difícil, es el idioma. Aunque después de un tiempo el oído se acostumbra (fonéticamente es similar al español), el japonés es bastante complicado para leerlo y escribirlo. Se requiere paciencia para aprender hiragana y katakana, pero mucha más paciencia aprenderse los kanji.

La paciencia no es algo que se fomente en nuestro medio. Por lo general queremos que cualquier actividad que realicemos nos brinde frutos lo más pronto posible. Y no solo eso, a veces las actividades no se planean y se cae mucho en la improvisación. Esto por supuesto afecta los tiempos, hace que las personas no se sientan tranquilas por las actividades que deben de realizar en períodos cortos y caen en enojos o desesperación porque la meta trazada no se ve cercana.

Quizás uno de los aspectos más importantes que impactó en mi forma de ser fue el orden japonés. El orden y la paciencia para realizar cualquier actividad son herramientas básicas para vivir en Japón. Esto unido a la perseverancia y a la cultura del GANBATTE (dar lo mejor de sí mismo) hacen que este país sea lo que actualmente es. No se basa en genialidades ni liderazgos, sino en llevar a cabo las actividades en orden y según se han planeado.

Esto por supuesto me lleva a otro punto: la responsabilidad. Pongo como ejemplo la basura. Hay quienes en su trabajo se encargan del aseo en las calles, oficinas u otros lugares. Básicamente es su responsabilidad. Pero lastimosamente en nuestro medio se nos olvida que nuestra responsabilidad como usuarios es no botar basura en las calles. En Japón cada persona carga la basura pequeña en la bolsa de sus pantalones o



en su vehículo, hasta encontrar un basurero o llegar a su casa a botarla. En mi caso, tuve que aprender a prepararla y separarla con instrucciones que le dan a cada apartamento sobre cómo hacerlo.

Me invitaron a varios colegios de primaria para que expusiera sobre nuestro país, y me parecía sorprendente que, aunque hay personas a cargo del aseo, los niños se encargaban de hacer limpieza en su aula, de mantener su escritorio limpio y sin daños, sabiendo que en próximos años otros niños lo usarán.

Japón es el país de las colas. En los restaurantes más famosos siempre habrá una cola grande de personas esperando para poder entrar a comer. Quizás no resulte tan curioso como el hecho de que nunca verá a alguien que intenta meterse a media cola. Esto se debe a una simple razón: respeto. Los fumadores van a cabinas especiales donde pueden ir a fumar, y esto es por respeto a las personas que no fuman. En el sistema de trenes no hay conversaciones en voz alta, por respeto a las personas que van cansadas y quizás van durmiendo.

Si me preguntan que ha sido lo más relevante que aprendí en Japón, tengo que separar mi respuesta en dos: los aspectos técnicos y la disciplina japonesa.

Actualmente tengo la posición de vicedecano en la Facultad de Ingeniería y Arquitectura, y aunque es un cargo multidisciplinario, me mantengo siempre buscando proyectos de cooperación con organismos internacionales como UNESCO para poder establecer un Centro de Investigaciones de Ingeniería Sísmica en la Universidad de El Salvador.

Por otro lado, y que es más difícil de hacer para mí, es buscar la manera de impactar en las personas para que podamos cambiar algunas cuestiones en nuestro país. Sé que como país tenemos nuestras bondades: vemos todas las cosas con alegría, aún las cosas malas que nos pasan; somos emprendedores y en la medida que podemos compartimos con los demás. Pero pienso que los valores que he descrito deberían ser inculcados en las nuevas generaciones para que en un futuro podamos tener ciudades más ordenadas y una convivencia más armoniosa entre nosotros.

